

Colón estrechó entre sus brazos á Diego Mendez, el cual inmediatamente se dispuso á cumplir lo ofrecido.

Conduciendo la canoa á tierra, la puso una quilla postiza, colocó algunas tablas en la proa y en la popa para que el agua no entrase en ellas, la dió una mano de brea, la acomodó un mástil y una vela, y la abasteció de víveres para él, un compañero español, Fortun Cuenca, y seis indios.

Mientras las operaciones se llevaban á cabo, escribió el almirante al gobernador de Santo Domingo pidiéndole con urgencia un buque para que llevase á la Española á toda su gente.

Al mismo tiempo escribió á los soberanos, y conferenció con Diego Mendez, encargándole que se embarcase en Santo Domingo para España y fuese á desempeñar los encargos que le dió.

La historia conserva algunos fragmentos de la carta que por conducto de Diego Mendez deseó hacer llegar á mano de los reyes.

Abramos un ligero paréntesis para conocerla.

Capítulo VLVI.

Préntesis.

En la carta que dirigia Colón á los soberanos pintaba con vivos colores la deplorable situacion en que se encontraban, los grandes trabajos que habian tenido que padecer, las esperanzas que habia realizado, teniendo que renunciar á ellas casi en el mismo momento, y les rogaba enviasen desde los puertos de España uno ó dos buques á la isla Española, para que pudieran regresar él y su gente á la Península.

Se extendia en detallados pormenores acerca del último viaje que habia emprendido, dando gran importancia al descubrimiento de Veragoa.

Alucinado siempre, expresaba la opinion de que en aquel territorio se encontraban las minas de cu-

yas entrañas arrancó Salomon el oro y las riquezas con que edificó su famoso templo.

Pediales además con encarecimiento que no entregasen á rapaces aventureros un país que tantos tesoros albergaba, y no se nombrasen para gobernarle á hombres que no sintieran verdadero interés, al mismo tiempo que hácia las riquezas, hácia los naturales del país.

«Este no es un niño, añadia, que debe abandonarse á una madrastra. Yo nunca pienso en la Española y en Pária sin verter lágrimas. Su mal es desesperado, y yo no tiene remedio; espero que por aquel ejemplo se tratará esta region de diferente modo.»

Su imaginacion se exaltaba con estos recuerdos; ponderaba la importancia de Veragoa como superior á la de todos sus descubrimientos, y resucitaba su proyecto favorito de rescatar el Santo Sepulcro.

«Jerusalen, dice, y Sion deben ser reedificadas por manos de un cristiano.

»¿Quién será éste?

»Dios, por boca del profeta, lo declara en el décimo cuarto salmo.

El abad Joaquin dice que debe salir de España.»

Sus pesamientos volvian luego á la historia del Gran Kan, que habia pedido le enviasen sábios para instruirle en fé cristiana.

Colon, imaginando que habia estado en las mismas intermediaciones de Cathy, exclama con repentino celo:

«¿Quién se ofrecerá para esta obra?

«Si nuestro Señor me permite volver á España, yo me comprometo á llevar allá su nombre, con seguridad, si Dios quiere.»

Nada caracteriza más á Colon que estas sencillas y á veces incoherentes cartas.

¡Qué prueba de noble entusiasmo y de irresistible inclinacion á las grandes empresas se revela en ellas!

Cuando se entregaba á tan dulces ilusiones y se proponia dar cima á nuevas y románticas hazañas, estaba quebrantado por la edad y las enfermedades, traspasado de dolores, en cama y encerrado en las reliquias de un naufragio, en las lejanas costas de una isla salvaje.

No puede darse más exacta pintura de su situacion que la que sigue á esta pasajera llama de entusiasmo, cuando en una de sus rápidas transiciones despierta, por decirlo así, para mirar en torno suyo.

«Hasta ahora, dice, he llorado por otros: ¡ten misericordia de mí, cielo, y llora por mí, tierra.

»Estoy en mis negocios temporales sin un maravedí que dar, náufrago arrojado á las Indias, aislado en mis miserias, enfermo, temiendo que cada dia será el último de mi vida y rodeado de crueles salvajes.

»En mis negocios espirituales separado de los Santos Sacramentos de la Iglesia, de modo que se perderá mi alma si aquí se separa del cuerpo.

»¡Llore por mí quien quiera, tenga caridad, verdad y justicia!

»No vine á este viaje á ganar honor ni estados, que ya han muerto en mi pecho semejantes esperan-

zas. Vine á servir á vuestras majestades con sana intencion y honesto celo, y no estoy hablando falsedades.

»Si pluguiese á Dios sacarme de aquí, humildemente pido á vuestras majestades me permitan ir á Roma á cumplir otras peregrinaciones.»

Capítulo XLVII.

Una expedicion peligrosa.

Diego Mendez estaba resuelto á demostrar una vez más á Colon la admiracion, el afecto y la lealtad que le profesaba.

La vísperas de su partida, Fernando, que á pesar de sus pocos años conocia tambien la crítica situacion en que se hallaba el autor de sus dias, quiso, imitando el ejemplo de Diego Mendez, salir poco despues que él en otra lancha, para prestarle auxilio si lo necesitaba, para llegar á Santo Domingo si la desgracia impedía realizar este viaje á Diego, y habló á su padre á fin de que le concediera licencia para llevar á cabo tan arriesgada empresa.

—No, hijo mio, no,—dijo Colon á Fernando.—Yo

confío en que la Providencia me ayudará á realizar mis designios y que amparará á mi leal amigo Diego Mendez. Si tú partieras, la idea sólo del peligro que ibas á arrostrar aumentaría lo horrible de mi situación, y acaso me quitarías las fuerzas que necesito para salir del apurado trance en que me encuentro. Además, mi corazón me dice que me veré pronto precisado á aprovecharme de tu auxilio y del de mi buen hermano Bartolomé.

—Pues yo arriesgaré mi vida gustoso,—contestó el jóven,—para haceros concebir la esperanza de que Mendez ó yo volveremos en breve con la embarcación que necesitamos para salir de este atolladero. Los peligros en mi edad no debilitan, enseñan.

—Más, mucho más aprenderás al lado mio viendo mis infortunios, y no habrá nada que produzca tu satisfacción tanto como saber que, teniéndote á mi lado, me hallo con más valor para todo.

Fernando no insistió.

Para distraer de aquellas ideas á su padre, le habló de Diego, de Inés, de Isabel y de Antonio Villejo.

—Ya vereis, padre mio,—exclamaba el jóven,—ya vereis qué felicidad nos aguarda á nuestro regreso á España. Allí descansaremos de las fatigas en el seno de una familia que nos adora, que se mirará en nuestros ojos, que se complacerá en hacernos grata la vida.

—¡Pobre hijo mio!—exclamó Colon.—Bien se vé que la sangre de tu madre y mia corre por tus venas. Has hecho un inmenso sacrificio.

—Lo he olvidado ya; soy tan feliz á vuestro lado...

Al decírselo, la emoción hizo asomar á sus ojos algunas lágrimas.

Para que su padre no lo notara:

—En la cubierta está Mendez,—le dijo;—voy á pasar un rato con él.

Y en efecto, se acercó adonde estaba el valiente soldado.

—Sois nuestro salvador,—le dijo Fernando.

—Si es meritorio el acto que voy á emprender,—contestó Diego,—el mérito no es mio, es de vuestro padre; de vuestro ilustre padre, que ha sabido inspirarme la fuerza de voluntad necesaria para arrostrar los mayores peligros, para vencer los obstáculos más formidables, y al mismo tiempo ha despertado en mi corazón un afecto inmenso hácia él, un cariño que sólo goza con los sacrificios que hace en su beneficio.

—¡Ah!—añadió Mendez.—Si no hubiera injusticia en el mundo, no estaría el almirante en medio del Océano á merced de las tempestades, protegido por unos infelices indios, mientras los cortesanos adulaadores duermen sobre mullido lecho y pisan las ricas alfombras de los palacios. El que ha hecho lo que él merece un trono, y en vano intentarán los hombres arrebatárle la gloria que ha alcanzado. La Providencia vela por los buenos, defiende todas las causas justas, y confío en que nos sacará adelante, llevándonos primero al puerto que ponga á salvo nuestro cuerpo, y despues al que liberte nuestra alma del oleaje de las pasiones.

Era ya muy entrada la noche, hacia luna, y Diego se despidió de Fernando, se dirigió al camarote de Colon, besó su mano con la mayor reverencia, y avisando á Fortun y á los seis indios, se lanzó, impulsado por la fé, la esperanza y la caridad, á merced de las pérfidas olas en una frágil tabla.

El tiempo estaba en calma, y los indios tuvieron que remar toda la noche, porque la vela no servia de nada.

Al dia siguiente sopló viento favorable, y el ligero esquife avanzó con rapidez.

Tenia que andar más de cuarenta leguas, y los tres primeros dias no cesó de soplar el viento, favoreciendo su marcha.

Fortun era buen piloto, y en la madrugada del cuarto dia dijo á Diego:

—A Dios gracias, nos hallamos á muy corta distancia de la colonia de Santo Domingo.

El viento se calmó y fué preciso pensar de nuevo en los remos.

Anduvieron todo el dia, y á la caída de la tarde el cielo amenazaba una terrible tempestad.

No tardaron las negras nubes en inundar el horizonte.

De pronto empezó á llover con tanta fuerza, que los tripulantes tuvieron que abandonar los remos para sacar del bote el agua que le inundaba.

A medida que llegaba la noche, la situacion de los navegantes era más difícil.

La tempestad se desencadenó sobre ellos.

A lo lejos, en medio de la siniestra oscuridad de la noche, veian luces casi imperceptibles.

Las olas se irritaron, y la barquilla subia hasta las nubes y bajaba hasta el abismo con una celeridad espantosa.

Mendez temió no poder terminar el viaje, y en tan desesperado trance dijo á los indios y á Fortun:

—Si, como espero, tenemos que abandonar muy pronto el bote para buscar á nado la costa, que debe estar próxima, el primero que llegue á ella debe ir á la residencia del gobernador de Santo Domingo, é indicarle á dónde ha de enviar con urgencia una carabela para recoger á nuestros compañeros.

No habia terminado de hacer esta indicacion, cuando un golpe de mar azotó con tal empuje la barquilla, llenándola de agua, que antes que los tripulantes pudieran apercibirse de ello la sumergió.

Un grito espantoso resonó en aquel momento, siendo en breve ensordecido por el horrisono estampido del trueno.

De los seis indios, solo uno pudo salvarse.

Fortun Cuenca pereció tambien.

Diego y el indio que habia quedado se dirigieron á nado hácia el punto que marcaban las luces, y al amanecer, despues de haberse visto muchas veces entre las garras de la muerte, hallaron por fin tierra.

El indio cayó estenuado al llegar.

Diego Mendez estaba tambien en un estado lamentable.

Pero pensó en el almirante, en sus compañeros, y

sacando fuerzas de flaqueza, preguntó á varios que salieron á la playa qué paraje era aquel.

Con gran contento suyo supo que se hallaban á muy corta distancia de las minas de Haina, y con no ménos sorpresa que aún vivia Miguel Diaz en aquel terirtorio al aldo de su amada Catalina.

Hizo que le condujesen á su presencia, y despues de lo que habia sufrido, experimentó una inmensa alegría al hallarse próximo á Santo Domingo, y hospedado por uno de los mejores amigos que en la Española tenia Colon.

Le confió el objeto de su viaje, y aunque Diaz le dijo que Ovando no acudiria en auxilio de Colon, aquel mismo dia se puso en marcha, y guiado por un indio pudo llegar hasta la colonia de Santo Domingo, donde á la sazón se hallaba Ovando gozándose en su obra.

La llegada de Mendez sorprendió al gobernador, que le recibió inmediatamente para averiguar el objeto de su viaje.

Asistamos á su entrevista.

Capitulo XLVIII.

Donde se vé lo que Ovando queria y lo que no queria.

Creia Ovando que, abandonado Colon á sus propias fuerzas, sólo habria conseguido ver perecer sus carabelas á impulso de las olas.

Si el mar no destruia sus embarcaciones, suponía que por una parte los desengaños que habia recibido el ilustre marino, sus enfermedades, su desaliento, y por otra la conducta de algunos de sus tripulantes, personas que á su lado habian puesto sus enemigos, acabarían con su vida.

La gloria del gran hombre, aunque velada por la sombra de la desgracia, brillaba lo bastante para que el demonio de la envidia aguijonease á sus adversarios.

Acaso consistia su encarnizamiento en ese despe-